

Rescates, réplicas y contrarréplicas

Reminiscencias del Chocó

Instantáneas de viaje. Diario sobre la excursión al Chocó, 1934

DELIO JARAMILLO RESTREPO

HERNÁN GARCÉS GONZÁLEZ (fotografía)

Eafit, Medellín, 2015, 129 pp., il.

UN GRUPO de estudiantes de la Escuela Nacional de Minas de Medellín, alentados por el profesor alemán Roberto Wokittel, hace una excursión por la intendencia del Chocó en 1934. Los acompaña también un ingeniero recién graduado, Antonio “el Negro” Durán. Uno de ellos, Delio Jaramillo Restrepo, llevará un diario de esa excursión, y su compañero Hernán Garcés González tomará una serie de fotografías que ilustran, en parte, ese viaje. La colección *Rescates*, del Fondo Editorial Universidad Eafit, nos entrega ahora este diario en una bonita edición para que los lectores de curiosidades podamos solazarnos. No creo que el joven Delio Jaramillo Restrepo haya tenido grandes pretensiones al llevar el diario. Su intención era una sola, según se sabe: darle a su hermana Ligia un testimonio de primera mano del transcurrir de esos días por entre esas poblaciones a través de la selva y los ríos. Ya sus compañeros de viaje, entusiasmados por lo vívido de tales narraciones, las habían publicado por entregas en la revista *Dyna* de esa facultad, un par de años después de haber sacado a la luz un volumen con diversas apreciaciones sobre la geografía, la minería, la salud, el transporte, la agricultura y la industria de esa olvidada zona del país. Varios conocedores y políticos de la región también hicieron sus aportes con artículos y comentarios.

Este libro, como queda dicho, es el testimonio afectuoso de un estudiante en una excursión, pero es tal su naturalidad al redactar y de tal gracia sus observaciones que pasa a ser algo así como un clásico de la crónica de viajes en nuestro país. Unos años más tarde, Eduardo Cote Lamus, uno de los fundadores de la revista *Mito*, daría cuenta de un recorrido por esas zonas del país en su *Diario del Alto San Juan y del Atrato*. Jaramillo Restrepo nos va contando el viaje desde que salen en tren de la estación de Cisneros en Medellín, y cómo los ánimos de los muchachos están dispuestos a todo lo que venga en esa travesía. Habla de las paradas en el camino, de los paisajes asombrosos de la cordillera, los chistes que se hacen unos a otros, las nostalgias de más de uno por estar lejos de su novia en Medellín. Después de una jornada agotadora, llegan a la pomposamente nombrada Ciudad Bolívar —“el

París del suroeste antioqueño”, la he oído llamar no sin candor por algunos naturales—, pasan allí una noche no muy cómoda y a la madrugada ya salen para internarse en la selva, unos a pie y otros en unos caballos que han alquilado en el pueblo.

¡Y ahí comienza lo bueno! Qué caminos, qué lluvias, qué rodadas por esas breñas empantanadas. Algunos no hallan la forma de sostenerse en pie, pierden el equilibrio, y se van arrastrando en el fondillo de sus calzones para poder avanzar. Llegan por fin al Carmen de Atrato, un pueblito en las lomas de la cordillera Occidental. Allí les hacen un gran recibimiento y son declarados huéspedes de honor. Así van avanzando, entre los barrizales y las tempestades, hasta llegar a Quibdó, a orillas del poderoso río Atrato, donde tienen un encuentro con el parlamentario chocono Diego Luis Córdoba y otras personalidades gubernamentales y políticas. Al parecer, las atenciones en Quibdó fueron excelentes, y el trato no pudo haber sido mejor. A esa región del país más le hubiera valido quedarse estancada en esas épocas edénicas antes que avanzar hacia el “progreso”. Si bien es cierto que había muchas carencias, que las carreteras eran pésimas, que había pocas instituciones educativas y los hospitales y centros de salud eran escasos, hoy, algo más de ochenta años después, las cosas en vez de mejorar han empeorado.

Lo que sabemos actualmente da grima: una región devastada en sus bosques, la población en la más absoluta desnutrición, los ejércitos irregulares disputándose los territorios y asesinando sin misericordia a los habitantes desvalidos, la minería destrozando a su paso las aldeas, los ríos, las quebradas, el paisaje todo. En los días en que nuestro grupo de jóvenes avanzaba en su excursión (jóvenes que hoy son los abuelos fallecidos, hace años, de algún posible lector de esta reseña), había extracción minera hecha por ingleses, antes de que los gringos tomaran la explotación de esas tierras en sus manos.

Pero vamos navegando por el río en una embarcación no muy segura, y en medio de una tempestad cerrada. Para no mojarse, bajan los cortinajes de la embarcación —de lona encerada, es de suponer— y adentro solo alcanzan a verse, de súbito, los resplandores de los relámpagos, mientras los truenos aturden las selvas. Son muchachos de ciudad que no saben de ríos turbulentos ni de esos aguaceros bíblicos del Chocó. Con frecuencia la comida es escasa; la dormida, en salas improvisadas en el suelo limpio. No han ido a veranear propiamente los alumnos de profesor Wokittel, esto es una expedición por parajes sin dueño, y por una geografía inhóspita.

En un caserío llamado La Vuelta, donde los norteamericanos han instalado una planta de energía eléctrica, no les dan ni agua a los apaleados viajeros. Queda claro que son considerablemente más amables y hospitalarios los connacionales. Luego de las travesías por los endiablados caminos de las selvas, en medio de sufrimientos sin cuento, llegan al río San Juan. Ya la cosa cambia, los desplazamientos son en rápidas embarcaciones y todo se vuelve más soportable. Pasan las poblaciones de Tadó e Istmina, donde tienen de

nuevo buenos anfitriones, comida y lechos mullidos y limpios. Ya han recorrido no pocas leguas de esos ríos y tierras habitadas por negros y por indígenas de las diferentes etnias chocoanas.

Al llegar a Andagoya, el encargado gringo del campamento minero quiere atenderlos; pero ellos, ya indignados y heridos por el tratamiento que han tenido por parte de los norteamericanos en otras ocasiones, deciden no aceptar ninguna gentileza. El profesor Wokittel los apoya. Siguen la ruta por el río Condoto, en champán, que es la embarcación natural de la zona, hecha de troncos de árboles. Luego ya toman un barquito de cabotaje y en él van por el río San Juan rumbo a Buenaventura. Al llegar al mar, con el cabeceo de la embarcación sacudida por las olas, conocen los rigores del mareo. Todos vomitan aferrados a latas de manteca desocupadas que han encontrado de milagro. Es el momento de otras angustias que han de durar muy poco, porque ya se ven las primeras edificaciones del puerto. Ya vendrán el Valle del Cauca y Popayán; algunos compañeros se desprenden del grupo para quedarse unos días con los familiares que viven en diferentes poblaciones, de donde regresarán a continuar sus estudios en Medellín. En verdad que la lectura de estas páginas sencillas contagia al lector del espíritu de este grupo de muchachos que se arriesgaron en esas épocas por las selvas chocoanas. Su humor, su hermandad, su compañerismo, su solidaridad, hacen de este libro un bello documento humano. Este diario se cierra con la triste noticia de la muerte de Ignacio Posada, un estudiante de ese grupo, quien muere por unas fiebres adquiridas en esa travesía.

Ya vimos a vuelo de pájaro lo que fue esa excursión. Pero el libro cuenta también con las fotografías de Hernán Garcés González. Son dos grupos de 16 fotografías cada uno, dispuestos en dos secciones del libro. Habría que decir que no son grandes fotos, pero sirven de ilustración del viaje. Fueron tomadas seguramente con una cámara de aficionado de esos días; el paso del tiempo sobre el papel fotográfico —de donde tal vez fueron reproducidas, pues no parecen proceder de negativos— ha dejado su tenue sombra y las imágenes están un tanto desvaídas. Alcanzamos a ver, sin embargo, las embarcaciones, los ríos, las torres de las iglesias de algunas poblaciones, algunos paisajes; pero, por sobre todo, el grupo de muchachos posando para las fotos. Se percibe su entusiasmo, casi que pueden oírse las bromas que se hacen mientras el diafragma de la cámara se abre un instante para que queden suspendidos en el tiempo.

Sobre la edición realizada por Eafit, es claro que resulta bonita y cuidada. Además de las fotografías que ya mencionamos, la ilustración de la portada es el dibujo de un champán con sus pasajeros, los bogas cada uno en un extremo de la embarcación, y el reflejo dudoso en las aguas de la corriente. Pero lo que es capítulo aparte son las guardas del libro: van dos garzas de ojos avizores y picos puntiagudos, en primer plano, en pleno vuelo, y abajo hay tres champanes con sus ocupantes y su carga navegando por un río. La ilustración tiene un color como

de tarde que anuncia tormenta y tal vez un sol poniente, con un pincel indefinido de pesadumbre y languidez. Esas bellas ilustraciones estuvieron a cargo de alguien que leyó muy bien el libro y supo captar todo su espíritu: Alejandro García Restrepo.

Fernando Herrera Gómez